¡O vitæ philosophia dux, o virtutis indagatrix expultrixque vitiorum, qui non modo nos, sed omnino vita hominum sine te esse potuisset!

Cicer. 5 Tuscul.

Señores:

El periodo de descanso que nos concede el Estatuto, que rige actualmente en esta Universidad, es el mismo que nos concedian las antiguas constituciones. Este periodo termina hoy, al hacerse la apertura solemne de todas las clases. Preceptores y discípulos, todos somos llamados á cumplir nuestras respectivas obligaciones: obligaciones penosas sin duda; pero de cuyo cumplimiento se deriva mucho bien, porque la enseñanza es la que forma los hombres útiles.

La buena instruccion de la juventud es la primera de las necesidades en el órden social, y el procurarla, por todos los medios posibles, la primera

de las obligaciones de los gobiernos civilizados; por que sin instruccion no hay hombres aptos para nada.

He dicho que la buena instrucción es la primera necesidad social, porque ella al mismo tiempo que da á conocer al hombre la dignidad de su propio ser, y la grandeza del fin con que ha sido criado, le manifiesta sus deberes, el modo con que ha de cumplirlos, y el uso razonable que debe hacer de todas las cosas. Lo que no sea dirigirse á estos objetos, no es instruir, sino corromper: no es enseñar, sino pervertir.

Causa mucha pena oír á algunos necios, é ignorantes, que sin discernimiento alguno se avanzan á atribuir á la instruccion los funestos efectos de la perversion, y á la enseñanza los de la corrupcion, como si entre unas y otras no hubiera una absoluta contrariedad. ¡Cuántos males ha causado al género humano esta confusion de ideas! No faltando entre nosotros, es decir, en nuestro país, síntomas demasiado claros de esta confusion, yo me propongo combatirla en este discurso, aunque para ello sea necesario entrar en pugna con algunos errores, que circulan, y se propagan, como máximas de una sana política.

Que en nuestro suelo por desgracia fué en diversos ramos sostituida la corrupcion á la enseñanza, es un hecho: hecho que su solo recuerdo debe causar una sensacion penosa á todo hombre de sano juicio. Aquí mismo, en este salon en que nos hallamos reunidos, se sostuvo como tésis de filosofia mo-

ral *la licitud del suicidio*. Cuando llegó á mi noticia semejante escándalo, él me sirvió de base, para calcular, desde el país lejano en que me hallaba, el progreso que en éste hacia el materialismo, y con él la corrupcion de las costumbres públicas, y de la disciplina doméstica.

Efectos inevitables de esta corrupcion han sido todos los desórdenes, los escándalos, y los trastornoo que se han visto en los diversos sacudimientos que ha habido en nuestro país, en el que de hecho se miraban rotos los vínculos sociales, y los derechos de la humanidad proscritos por el furor revolucionario. La enseñanza y la instruccion, que desde el principio del mundo han sido verdaderos bienes para el hombre, no han tenido la menor parte en los sucesos desastrosos que deploramos; la corrupcion y la perversion, haciendo la guerra á muerte á la enseñanza y á la instruccion, se enseñorearon por algun tiempo de todo: atacaron descaradamente diversos puntos de la creencia católica: atentaron contra los derechos é inmunidades de la Iglesia: proscribieron sin formacion de causa á un número grande de sus ministros, incluso el legítimo Pastor: depredaron sus bienes, disponiendo de ellos para usos profanos, de modo que en pocos dias fué dilapidada la mayor parte del gran caudal que la piedad de los fieles habia acumulado en tres siglos para sosten y fomento del culto: de motu propio declararon soluble el matrimonio, y abolieron el quinto precepto ó mandamiento uni-

versal de la Iglesia: acabaron con las fundaciones piadosas existentes, y prohibieron que se hiciesen en lo venidero: en una palabra, trataron de ir aniquilando á la Iglesia, porque la enseñanza que ella da á los fieles, para instruirlos en la sana doctrina, y la estabilidad de sus reglas, y de sus instituciones, serán siempre obstáculos, contra que tendrán que lidiar la corrupcion y la perversion, para estender su dominio entre los hombres.

Atacada la creencia religiosa, entraron en voga los errores del materialismo; y desconocido el poder moral de la conciencia, para reprimir el ímpetu de las pasiones, el influjo del espíritu revolucionario debia hacerse perceptible en todas las cosas. Se hizo en efecto perceptible este maléfico influjo, en la contrariedad que todo observador imparcial notaba, entre los principios abstractos que se proclamaban, y los hechos que estaban á vista de todo el mundo; y por consecuencia de semejante contradiccion, la fé pública desapareció con la multiplicidad de engaños: las leyes que garantian los derechos naturales del hombre, à fuerza de violarlas con escándalo, se volvieron promesas irrisorias: la autoridad, convertida en poder sin freno, se hizo objeto de excecracion, y los que la ejercian al fin se atrajeron el ódio de los pueblos; el estado social, para decirlo de una vez, muy léjos de ofrecer ventaja alguna á los asociados, era un estado de opresion, de inseguridad, de mútua desconfianza, de terror para los hombres buenos y pacíficos, y de ensan-

che para los malvados, que promueven los trastornos para medrar en el desórden y confusion. Todos estos males, que hemos esperimentado en el órden político, no han sido de ninguna manera ocasionados por la enseñanza ni la instruccion, sino por la corrupcion y la perversion.

Antes de pasar adelante, y para ser mejor entendido al entrar en el fondo de la cuestion que propuse, siguiendo el consejo del grande orador romano, voy á fijar la significacion de las palabras sobre que ella se versa. Enseñar, estrictamente hablando, es trasmitir un hombre á otro el conocimiento que él tiene de alguna, ó algunas verdades, ya sea en el órden religioso, ya en el natural. La instruccion es el resultado de la enseñanza, y consiste en la acumulacion de conocimientos de lo verdadero. Corromper es trasmitir un hombre á otro el error ó errores en que él se halla imbuido. El que corrompe, pervierte al que queda imbuido en sus errores, porque haciéndole creer lo falso como verdadero, lo arrastra á obrar mal. El bien está siempre y esencialmente en la verdad; el mal en el error y la mentira. Dios, que es el sumo bien, es la verdad por esencia: Satanas, que es el autor de todos los males, es el padre del error y la mentira.

La enseñanza de la verdad, y la instruccion que de ella se deriva, son el único medio de mejorar la condion del hombre, bajo cualquier aspecto que se le considere; y son tambien el único medio para prevenir en ciertas circunstancias, y reparar en o-

tras, los funestos estragos de la corrupcion y de la perversion. Las pruebas con que me propongo demostrar este aserto son de tal naturaleza, que no dudo que produzcan un convencimiento pleno de su verdad.

Preciso es remontarnos hasta el orígen del hombre. Dios le formó no solo à su imágen, sino tambien á su semejanza: lo dotó de una alma inteligente é inmortal; y de consiguiente lo hizo superior á todos los demas animales que habitan en la tierra, y que viven en el agua. El hombre, sin embargo, carece del instinto admirable, con que los animales atienden á su conservacion individual, y á la de su especie; pero esta falta se ve maravillosamente compensada por una cualidad peculiar al mismo hombre, la cual consiste en cierta disposicion para aprender por la enseñanza lo que ignora, y para trasmitir por el mismo medio á otros lo que ha aprendido.

Nace el hombre, y la madre que le dá á luz es la primera maestra que le proporciona la alta Providencia, para que con el don inestimable de la palabra comience la grande obra del desarrollo de sus facultades mentales. Por esto, y sin atender mas que al órden comun de la naturaleza, se puede conocer claramente lo mucho que influye en la condicion del hombre la primera enseñanza materna. Ella es la que comienza su educacion, la que forma sus primeras habitudes, la que excita sus primeros sentimientos, la que empieza á instruirlo,

trasmitiéndole el conocimiento de ciertas verdades, que quedan para siempre impresas en el ánimo.

La verdadera ciencia es, la que razonablemente conduce al hombre al conocimiento del fin determinado, con que lo ha puesto en la tierra el Autor Soberano de su existencia, y de la de todas las demas criaturas que hay en el universo; pero esa ciencia tan importante al hombre, solo puede adquirirse por trasmision, lo mismo que la que nos dá á conocer los medios adecuados para alcanzar el fin de nuestra creacion.

El Hijo de Dios, enviado por su Padre al mundo para redimir al género humano, se hizo hombre; y revestido ya con la bajeza y las enfermedades de nuestra naturaleza, se llamó Maestro; y se dió este título, porque vino á iluminar á los hombres con la luz divina de su doctrina celestial. Como prueba del aprecio que hacia de este título, os citare sus propias palabras cuando dijo á sus discípulos: *Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decis muy bien, porque efectivamente lo soy.* Tuvo pues principio la regeneracion moral del mundo, en la enseñanza de Jesucristo; porque sin ella no habria sido promulgada su doctrina como enseñada por él mismo.

¿Cómo se estableció el cristianismo, cómo se ha estendido por todo el mundo, y cómo ejerce su saludable influencia sobre los hombres que lo profesan? Por la enseñanza. Los Apóstoles fueron enviados por Jesucristo á todas las naciones para ense-

ñarlas: *docete omnes gentes.... prædicate Evangelium onmi creaturæ;* y enseñando es como ejecutaron la conquista mas asombrosa que se ha visto en la tierra: conquista que ha sometido al imperio de la verdad, y que continúa sometiendo, millones de millones de hombres: conquista que morigerando las costumbres, ha estendido la civilizacion: conquista que ennobleciendo á todos los pueblos vencidos, ha ido aboliendo la esclavitud: conquista que ha sublimado el ingenio de los poetas; que ha dado un nuevo y peculiar realce á la oratoria: que ha ofrecido objetos grandiosos á la pintura; que ha perfeccionado en una palabra las obras de la industria humana, y que ha hecho servir á todas las ciencias á la causa de Dios. Tales han sido para el mundo los resultados de aquel conciso mandato: *docete omnes gentes.*

El bien está esencialmente en la verdad; de consiguiente miéntras mas se estienda y propague el conocimiento de ella, mas se estenderá y propagará el del bien; mas como esta estension y propagacion no pueden hacerse por otro medio que el de la enseñanza, claro es, que la primera necesidad que el hombre tiene, es la de ser enseñado; y que miéntras esta necesidad no le sea satisfecha, no está en camino de ser feliz.

Si no es posible obrar el bien sin conocerlo, y si el bien no puede conocerse sin enseñanza, no puede haber calamidad mas grande para los hombres que la falta de ella; porque esta falta los con-

dena á vivir sumidos en la ignorancia, y en cierto modo los predispone á ser fácilmente imbuidos en el error. Por esto, el Salvador del mundo, enviado para bien de todas las generaciones, no puso tasa ni medida á la enseñanza de la verdad, ni prescribió que este beneficio se dispensára á determinadas personas, sino que mandó que se enseñára á todas las gentes.

Ahora bien, para que la enseñanza sea fructuosa, preciso es que haya maestros capaces de darla; y para que los haya, preciso es tambien que ellos la reciban en grado superior al comun de las gentes. Para este objeto se erigen los institutos literarios, á fin de que los jóvenes se instruyan de manera que sean capaces de trasmitir á otros los conocimientos que ellos han adquirido, y de que puedan desempeñar los oficios públicos que demandan ciencia.

La prueba mas clara que puede darse, de que la política moderna no es ciencia, es, que todos sin estudiar, se han trasformado en políticos, como por encanto. A Platon, á Aristóteles, á Ciceron y á otros pocos, que escribieron con maestría sobre la ciencia de gobernar á las naciones, no les sucedió otro tanto, porque eran filósofos: es decir, amantes de la sabiduría, estudiosos, profundos observadores de los hombres, y de las cosas; y por eso sus obras, científicamente escritas, se leen con admiracion, y se citan con respeto en las aulas, como las leyeron y las citan algunos de los Santos

Padres, especialmente San Agustin. Yo no diré, que sea inútil el estudio de la política como ciencia derivada de principios ciertos; lo que lamentaré no solo yo, sino todo hombre sensato, es la osadía, con que muchísimos hablan y disputan de política, sin saber siquiera los primeros rudimentos del arte de pensar.

He tocado un punto no ménos delicado, que importante, y que tiene ademas una conexion íntima con el estudio de todas las ciencias. Política, segun el diccionario de nuestra lengua, es el arte de gobernar, dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas, y conservar el órden y buenas costumbres. De esta definicion se deduce por corolario, que la política sana y pura consiste, en la aplicacion práctica de las verdades que nos enseñan las ciencias, á las necesidades del estado social, segun su respectiva natural eza. Y en este sentido, yo pregunto ¿debemos considerar nosotros como objeto primario, ó secundario, la instruccion sólida de nuestra juventud en las ciencias? Teniendo que responder yo mismo á la pregunta, debo hacerlo conforme á mi propio convencimiento; y segun éste voy á esplicarme.

La instruccion sólida de la juventud en las lenguas latina y griega, en la filosofia, retórica y matemáticas; en las ciencias eclesiásticas, y en la jurisprudencia canónica y en la civil; en la medicina, y en ciencias naturales, la contemplo como *objeto primario* á que se le debe prestar una atencion

especial; porque sin esta instruccion no habrá jamas en nuestro país literatos verdaderos que lo honren: no habrá eclesiásticos capaces de instruir á los pueblos en una doctrina sana, ni de ocupar los altos destinos de la Iglesia: no habrá sujetos aptos para legislar, ni administrar la justicia, ni ejercer útilmente la abogacía: no habrá médicos espertos que curen ó al ménos alivien las enfermedades: no habrá, en fin, quienes demuestren en los reinos animal, mineral y vegetal las riquezas en que abunda nuestro suelo, y que solo la ingorancia, y no otra causa, hace inútiles para nosotros.

Sea un efecto de gratitud el que me mueve, reconociéndome deudor á la enseñanza de lo poco que valgo, ó sea un sentimiento de justicia el que me anima, confieso ingenuamente, que no puedo oir sin una pena muy mortificante á los que piensan, que la ocupacion de la enseñanza ha de mirarse como secundaria, ú oficio de supererogacion; por que esta es una idea no digo simplemente depresiva, sino insultante al mérito literario, y á la buena instruccion de la juventud.

Contiguo está á nuestra Universidad el Colegio tridentino. Vosotros le vísteis hace dos años, y le veis ahora. Entónces los que sabíamos cuál era su estado, con respecto á estudios, lo deplorábamos, porque no nos ofrecia esperanza lisongera para lo futuro; hoy que le vemos trasformado completamente, por haber encomendado su régimen, y la enseñanza que en él se dá á los RR. PP. de la Com-

pañia de Jesus, vemos ya adelantos positivos, que prometen otros todavía mayores para el porvenir. ¿Y cómo consideran la enseñanza los maestros espertos á quienes allí está confiada? ¿Como ocupacion primaria, ó como secundaria? Como primaria, como objeto á que de preferencia consagran la mayor parte de las horas del dia, sin perder ni un momento de vista á los jóvenes, ni aun cuando se les concede algun descanso. Cito este noble ejemplo, porque está delante de los ojos de todos; y lo cito tambien con la satisfaccion de que él ofrece una prueba demostrativa de que los progresos en la instruccion de la juventud son siempre proporcionados á la asiduidad con que los preceptores se dedican á la enseñanza. Piensan algunos que nunca han enseñado, que no es trabajo enseñar: no pensó así S. Agustin cuando escribió su Libro de *Magistro*, en el cual hace ver que la enseñanza exije un trabajo penoso, y no pocos sacrificios de parte del preceptor, que nunca puede decir *satis est* respecto de su estudio particular.

Aun antes de que tuviésemos á la vista el noble ejemplo que ahora nos ofrece el Colegio tridentino, yo he clamado de varios modos por una reforma substancial en nuestra Universidad. Entre otros documentos lo acredita el informe que presenté al Claustro el 18 de Octubre de 1846, que corre impreso; pero inútil ha sido cuanto dije entónces, por que aunque hay bastantes que se ocupan de censurar, nadie presta una mano para cooperar con em-

peño y constancia.

En punto á reforma, el objeto que siempre ha llamado mi atencion, ha sido proscribir el superficialismo. Ni lo que habia en el antiguo régimen de la Universidad, ni lo que hay en el actual, han llenado mis deseos; porque ni lo uno ni lo otro corresponde á nuestras necesidades presentes en materia de instruccion. No soy ciego admirador de lo antiguo, porque es antiguo; ni desprecio lo moderno, solo porque es moderno. Tampoco soy optimista: me contentaría con que de lo antiguo y de lo moderno pudiésemos tomar lo que es simplemento bueno, en cuanto lo permita nuestra posibilidad.

Creo que obraríamos, al tratar de reformar nuestra Universidad, con juicio y con provecho, si adoptáramos de buena fé un pensamiento del Vizconde de Chateuabriand, que se encuentra en el tomo primero de sus Memorias, bajo el epígrafe MANIA DE LO PASADO: cuyo pensamiento nos pondría en un medio prudente entre dos estremos, de los cuales ninguno sería útil en nuestra posicion actual. Dice pues aquel insigne escritor así: *Temo que la restauracion se pierde por las ideas contrarias á las que emito en este lugar; la manía de atenerse á lo pasado; manía que no ceso de combatir, nada tendría de funesto si no hiciese caer mas que á mi persona, privándome del favor del príncipe; pero pueden derribar el trono.*—El tiempo y los sucesos nos han hecho ver la exactitud de este pensamiento; y nada sería mas natural, que el que, si nosotros en

nuestra Repúbtica incurriésemos en la propia manía de atenernos á lo pasado, viniese á tierra cuanto se ha adelantado para fundar en ella un gobierno estable. *La inmovilidad política,* continúa el mismo escritor, *es imposible; es forzoso avanzar con la inteligencia humana. Respetemos la magestad del tiempo; contemplemos con veneracion los siglos pasados, sacrosantos para nosotros por la memoria, y por los restos de nuestros padres; no intentemos sin embargo retrogradar hácia ellos; porque no tienen ya nada de nuestra naturaleza real; y si pretendemos asirlos se desvanecerán.*

Aun *cuando sea necesario reformar las instituciones,* dice el Comentador de Tito Livio, *guárdense las antiguas formas, porque éstas conservan el respeto debido á las cosas.* Siguiendo esta sábia máxima el gobierno y las instituciones literarias de la Gran Bretaña progresivamente se han ido mejorando en el curso del tiempo, pero conservando sus antiguas formas en todo lo esterior. ¿Y quién se atreverá á negar á los ingleses sus adelantos en el cultivo de las letras, y en la perfeccion de todas las artes? Ellos pues no han mudado sus formas ni en la Universidad de Oxford, ni en la de Cambridge, como tampoco las han alterado ni en el Parlamento, ni en los tribunales. Conservemos pues, nosotros en nuestra Universidad las antiguas formas por el respeto que ellas dan á las personas y á las cosas, y tomemos de lo nuevo lo que realmente es bueno y útil. Recibamos de la esperiencia las ven-

tajas positivas, que ella nos ofrezca en todo lo que concierne á las ciencias naturales, de cuya enseñanza se carecia en la antigua Universidad. Empeñémonos en no carecer ahora de ella, y en estenderla cuanto sea posible, porque nos es necesaria, absolutamente necesaria para el fomento de nuestra riqueza pública. Somos en gran parte pobres porque somos ignorantes.

Pendientes estamos de la reforma que el Supremo Gobierno de la República está facultado para hacer en nuestro establecimiento. El mal ha estado y está, segun me lo ha hecho ver la esperiencia, en dos puntos principales: 1º El método de estudios, en que se consultó mas á la brevedad del tiempo en los alumnos, y á una estrema economía en la remuneracion de los preceptores. Esto tiene reducida la enseñanza á objeto secundario. El 2º punto es la falta absoluta de estímulo, para inclinar á los hombres á entregarse ó un estudio asíduo, é independiente del ejercicio de algun destino que absorva su atencion, y de que dependa su subsistencia. Aquí no tenemos escritores, propiamente dichos, porque el que lo fuese, si solo estuviese atenido á su trabajo para vivir, moriría de hambre.

Señores, yo espero que colocàndoos en mi posicion, me hareis la justicia de reconocer la obligacion en que estoy de esplicarme con sinceridad sobre una materia de tanto interes para nuestra patria. Yo no soy del número de los que temen que se estienda la buena instruccion, porque lo verdadero

como preservativo de los males que ocasiona el error y la ignorancia. Repetiré, para concluir, que el bien está en la verdad, y que miéntras mas nos empeñemos en propagar su conocimiento, mas harémos en beneficio de nuestros semejantes.